Carlos Juárez Aldazábal

Comúnmente

Esta costumbre de vivir con tantos gestos,
con esas expresiones de amanecer nublado,
no es más que consecuencia del oficio.

Mis amigos comerciantes
emprenden la jornada adormecidos,
apilando monedas en cajones,
  o mejor dicho,
    tratando de que la muerte se lleve las monedas
    y no la esperanza que los salva del tedio.

En el barrio se hace lo posible
por conservar la indiferencia entera,
por eso somos pocos los que nos saludamos.

Pasa que el comercio es un mal hábito
y en esta vecindad no hacen otra cosa
que proseguir con esos gestos
                que les nublan,
                para colmo,
        la poca humanidad que por ahí les amanece.

Sufragio

Un plebiscito para esculpir el sueño del triunfo,
modelar la pasión con un temblor alcohólico.

Celebro la música de las letras unidas,
                la convicción,
la empecinada astucia del adverbio,
la reunión del asesino con el caso animal
        que lo motiva
                lastimar el papel.

Celebro el plebiscito de lo inútil,
por eso la derrota:
            voy a votar en blanco.

Pronto, cuando abran las urnas,
cenizas de mi cuerpo,
de mis letras.

Escena

Foca de circo.

Con su nariz empuja las preguntas,
la pelota de sangre.

En el acto final
toca el tambor.

Pescados del recuerdo
le crecen en los dientes.

Variaciones sobre un tema de Piazzolla

1

Las lágrimas llenaron
los vasos del tiempo,
el llanto corrosivo, llanto de tango.
(Ahí está el dolor,
tortuga que camina por la arteria,
caparazón con púas).

Si lloro es por el viento:
los álamos se agitan cuando pasa
y yo soy ese piano torcido y esmirriado
al que no toca y de lejos le silba.

Clorofílicas, piñones en la hierba,
lágrimas derramándose en vasos,
vasos a los que el tiempo olvida
como el viento
se olvida de los pinos.

2

No se trata de llanto.

Se trata de ablandar la digestión.

La entereza de saberse perdido,
estatua en algún parque.

El destino del bronce
con el brillo mojado
que le ensucia la cara.

Los derrotados

Algunos perdimos.
Pero no tanto como la sangre
caída en el Bermejo.
No tanto como el Bermejo
con sus peces cansados,

dormidos en la costa.

Boca tendida al Occidente.

Brújula del miedo.

Algunos perdieron
la intención, otros la calma,
pero no tanto como la sangre
caída en el Bermejo
no tanto como el rumbo.

Llega hasta el monte el día,
llega el hachero,
llegan los carpinchos y las plumas.
Y la boca tendida comenta la derrota,
que el monte siempre gana:

la brújula marcaba el Occidente
y los peces se ahogaron en la tierra.